



JOSÉ MANUEL GÓMEZ VEGA

CHICA BOOK

CHICA BOOK

JOSÉ MANUEL GÓMEZ VEGA

Este relato ha obtenido el Segundo Premio en el II Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2015, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Este es el resumen de mi vida: todo lo que he intentado nunca ha salido bien; cuando llegué a entender un problema ya era demasiado tarde; cuando intenté ayudar solo empeoré la situación, y cuando creí que iba a lograr algo, una complicación de última hora lo impedía. Así han sido las cosas para mí hasta donde consigo recordar.

–La única mujer del mundo que nunca hace nada mal –era el tipo de comentario que recibía de mi madre cuando me quejaba de la vida.

–Siempre hay alguien que lo fastidia todo –insistía yo.

–Pobrecita, fastidiada por todo el mundo.

–Qué pasa hoy con la cena –le decía a veces–, ¿estresada de tanta tele?

–Llama al *telepicha* si quieres.

–Se dice *telepitsa*, analfabeta.

Cuando la corregía, le gustaba soltar lo primero que le venía a la cabeza, pero mal dicho, solo para hacerme rabiar. O recurría a su coletilla favorita: “Perdona, yo no tengo segundo de BUP con varias pendientes de primero”.

Tenía treinta y ocho años y vivía con mi madre. No estaba teniendo un buen año.

–¿Cuándo fue tu último buen año? –podía preguntar Orlando–, ¿1990? Tampoco a él le iban muy bien las cosas. Se las arreglaba para visitarnos un par de veces por semana para comerse las sobras que rondaban por la nevera. Era el hijo con sobrepeso de una vecina que había encontrado en la crisis la excusa perfecta para justificar su desidia. El típico imbécil, en eso coincidíamos las dos, aunque mi madre pusiese mayor énfasis en su faceta de gorrón y yo en la de inútil. Criticar a Orlando nos acercó una temporada, por eso creo que le abríamos la puerta. Pero hasta de criticarlo nos cansamos. Cuando quisimos

evitarlo la inercia ya era demasiado grande. Al final lo soportábamos como se soporta a la lluvia.

Pocas cosas me gustaban. No sabría decir si me gustaba la biblioteca pública del barrio, aunque pasase en ella la mayor parte del día. Había libros, un par de ordenadores en los que poder ver películas en DVD, cruzabas miradas con desconocidos, se organizaban cuentacuentos o recitales –a veces era la poesía de Gloria Fuertes o Alberti, otras una conferencia sobre el Boom latinoamericano–, etcétera. Solía acabar espiando a algún hombre de los que, como yo, acudía sin ordenador. En función de lo que leía imaginaba cosas. Tenía mis teorías; por ejemplo, cuánto más gordo era el libro que traía de las estanterías, mejor debía de ser en la cama. En general, todo lo relacionado con los libros gruesos me gustaba.

–¿Nunca has pensado en echarte novio? –preguntaba a veces Orlando, durante los anuncios.

–Algo hay con un portugués, un tal José Fernando –podía decir mi madre, aunque a menudo se refería a él como José Manuel o José Vicente. No estoy segura de si lo hacía a propósito o era la mera senilidad. Yo permanecía callada. No me gustaba hablar del tema. José Fernando era un hombre con el que acabé tonteando en el jardincillo de la biblioteca. Me llamaba a casa para ir juntos a la biblioteca mientras su mujer e hijo adolescente hacían las compras en un centro comercial próximo, por eso mi madre sabía su nombre. Rompimos cuando empezó a insistir en que nos diéramos un beso. Después, al darse cuenta de que no daría mi brazo a torcer, quiso retomar la relación, dijo que le valía con entrelazar las manos, pero para entonces yo ya estaba desencantada, le decía que no, que lo nuestro no tenía vuelta atrás. No cambié de opinión ni cuando me regaló un grueso diccionario de español-portugués.

Antes lo había intentado con las citas por internet. Me bastaron tres cafés y cuatro revolcones para saber que prefería quedarme soltera. Y si retrocedo todavía más me aproximo a la época en la que trabajé de cajera y salía a emborracharme los sábados por la noche con la cargante de Mariajo. Entonces todavía albergaba la esperanza de encontrar un hombre. También

intenté un par de veces independizarme, pero la hernia lumbar de mi madre primero y el cierre del supermercado después lo impidieron. Luego vinieron todos esos trabajos. En un bar de copas tenía que vestir una camiseta blanca transparente y ajustada, que a un lado del escote llevaba una T en rosa y al otro un TAS en rojo. A menudo, cuando mi madre me sacaba de quicio y le decía cosas, como que no entendía que mi padre hubiese tardado cinco años en abandonarla, a ella le gustaba mentar la camiseta: “Hace tiempo que no te pones la camiseta blanca estampada, esa tan bonita”.

Poner copas en T-TAS fue mi último trabajo. Mi abuela por parte de madre, la única de los cuatro abuelos que llegué a conocer, y que una vez me regaló una moneda, se murió en el pueblo un fin de semana que en la ciudad resultó más ajetreado que de costumbre. El dueño del garito no me perdonó que eligiese el entierro. Fue entonces, al comprobar de lo poco que me sirvió, cuando me juré que no volvería a besar a nadie sin estar enamorada.

¿Qué otra cosa podía hacer? Mi madre y Orlando podían sobrevivir a base de cualquier forma de pasta con tomate frito, pero yo además necesitaba de vez en cuando un volumen de enciclopedia, una antología, un diccionario... Me daba seguridad dormir en la compañía de tomos sueltos de la enciclopedia Sopena Universal, los cuentos completos de Antonio Pereira, un facsímil con toda la pintura de El Bosco... Conocía la biblioteca mejor que nadie y encontré la manera de sacar por una ventana los libros. Era tal el ritmo al que crecía mi colección, que ya pensaba en adquirir una nueva estantería.

Sucede sin casi darte cuenta: te quedas sola. O acompañada de tu madre y un idiota, que es peor. Y eso no es bueno. No es normal. Cuanto más tiempo vives sin relacionarte más rara te vuelves, y cuánto más rara te vuelves más difícil resulta relacionarte. Es la pescadilla que se muerde la cola. Por eso entablé conversación con José Fernando, para romper con esa espiral viciosa, y por eso accedí a charlar con él en el jardín de la biblioteca. Hasta que se empeñó en lo del beso. Le expliqué que me había hecho una promesa, pero no lo entendía. Haber cedido hubiese sido el principio del fin.

Sexto de EGB, jugábamos al escondite durante el recreo. Yo me ocultaba tan bien que nunca me encontraban, o se olvidaban de mí. Aquel día hacía un frío espantoso, de hecho nevaría por la tarde. Alguien le gritó al que se la ligaba –recuerdo que era un repetidor enorme– que todavía no había ganado. Cuando el chico se asomó al rincón en el que yo me escondía y en lugar de gritar “¡por Marimar!” se quedó mirando el diccionario que ojeaba, intuí que yo no era como los demás.

Pensaba que acudiendo a la biblioteca evitaba convertirme en alguien como mi madre o como Orlando. Cómo olvidar la tarde en que visioné *Tombstone: la leyenda de Wyatt Earp*, sobre todo la escena en la que el bueno de Wyatt le pregunta a Doc por qué Ringo hace lo que hace y este le contesta: “Un hombre como Ringo tiene un gran agujero justo en medio de él. Nunca puede matar lo suficiente, o robar lo suficiente, o infligir suficiente dolor con el que llenarlo”. “¿Qué necesita?”, le pregunta Wyatt de nuevo y Doc repone muy serio: “Venganza”. “¿Por qué?”. “Por haber nacido”. ¿No es genial?

Lo sorprendente es que alguien pensase que me había convertido en una vaga. La gente no comprende lo estresante que es saber que se te va la vida sin hacer nada con ella. Por eso esas películas y libros me sabían a gloria, porque me olvidaba de mi existencia, de mi madre, de todo. Había que ponerse en mis zapatos para comprender que acabase haciendo lo que acabé haciendo.

La cultura se americaniza sin casi darnos cuenta. Por ejemplo, en la biblioteca, por Navidades, realizaron un acto en el que alguien no tuvo mejor idea que meter tres pavos en un corralito instalado en el jardín, como si aquí se celebrase el dichoso Thanksgiving.

–No cuentes conmigo para desplumar al maldito bicho –dijo mi madre cuando lo coloqué sobre la mesa camilla de la salita. Ni siquiera me preguntó cómo lo había conseguido, le importó un bledo que me jugase el tipo para que tuviésemos unas Navidades como Dios manda.

–O sea que te traigo un pavo entero y toda tu reacción es que te estoy dando trabajo...

–No voy a discutir contigo –dijo y cambió de canal.

Entonces cogí al pavo, lo tiré a la basura y salí de casa dando un portazo. Después me arrepentí, volví sobre mis pasos, lo saqué del cubo y conseguí devolverlo. Cuando volví a pasar por delante del corralito, allí solo estaban los otros dos pavos vivos. Supongo que alguien pensó que sería cosa del corazón y lo retiraron con disimulo.

Orlando dijo un día que las redes sociales servían para contactar con antiguos compañeros de clase. A mí, aquella noticia me producía más aprensión que otra cosa, pero caí en la tentación. Reservé una hora de ordenador en la biblioteca y abrí una cuenta en Facebook con el nombre de Chica Book. Tal y como el estúpido de Orlando había profetizado, pude descubrir al menos a media docena de compañeros del instituto presumiendo de viajes a Lisboa o de gemelos. Hasta las divorciadas parecían disfrutar de su nueva condición, con selfis en bares rodeados de gente mucho más joven, o saltando en paracaídas con un tipo pegado a la chepa. En mi muro coloqué un selfi frente a la biblioteca y escribí: "Library time!!". La última vez que entré en Facebook ya tenía tres likes, lo que indica que nadie sospechó mi identidad. También me hizo ilusión comprobar que uno de los tipos que comencé a seguir por Twitter decidió seguirme él también a mí. Gracias a las redes sociales diversifiqué mis actividades en la biblioteca: si no estaba viendo un DVD, robando otro volumen o espiando con disimulo a algún hombre, casi seguro que estaba navegando por internet.

Las Navidades del incidente del pavo transcurrieron en un silencio más tenso de lo habitual. Me sentía ofendida. No obstante, para la cena de Nochevieja me presenté con una botella de coñac y mi madre correspondió cocinando una lasaña con tomate frito que desaparecería cuando Orlando entró para felicitarnos el año nuevo.

Unos días más tarde mi madre quiso salir.

–Necesito ir a las rebajas –me dijo asomada a la puerta entreabierto de mi cuarto, como si quisiese protegerse de algo invisible, o como si alguna vez le hubiese arrojado un zapato.

–Que te acompañe Orlando.

A consecuencia de la hernia con la que logró la pensión de invalidez, cada vez que se agachaba o levantaba pesos mi madre aducía toda la gama posible de dolores de espalda. Cuando salía había que acompañarla. En su defensa he de reconocer que no frecuentaba la calle.

–¿Me vas a acompañar o no?

Quiso visitar el “mol”. Nos detuvimos a rebuscar en un cajetón mientras yo soñaba con regresar a la biblioteca

–No son para mí –dijo con un par de calcetines deportivos en la mano, de algodón verde-césped con una cenefa superior de raquetitas de tenis bordadas en amarillo-limón.

Me recordaron a otros que mi padre juraba que eran los más feos que se había puesto en toda su vida. Me pareció estar viéndolo –es de los pocos recuerdos que guardo de él–, sosteniendo un calcetín con los dedos pulgar e índice ante mis ojos.

Al fin abandonamos el mall, con una bolsa de plástico en la que había un par de calcetines y dos botellas del coñac más barato. Mi madre aprovechó el paseo para volver a las andadas con lo que sabía me pone de los nervios.

–Deberías hablarlo –dijo–, con alguien que sepa de estas cosas, un sicólogo o un siquiatra. Si fueses creyente como yo, podrías hablarlo gratis con un cura, pero claro, la niña no quiere saber nada de Dios...

–Ya lo tenemos hablado –la interrumpí–, no tengo nada de que hablar con nadie.

–Quizás sea uno de esos síndromes de nombre difícil, con siglas...

–Tu hija es una im-bé-cil, no necesitamos mejor nombre ni siglas.

–Todo lo que digo es que lo hables con alguien. Y no corras tanto, que se me baja la ciática.

Cómo no perder los nervios. Si alguien como mi madre te dice que debes visitar a un siquiatra es que la cosa pinta muy mal. Para nuestros adentros la loca era la otra. Las dos teníamos pruebas. A mí me tranquilizaba recordar que, después de visionar un programa sobre alimentación saludable, le diese por plantar tomates en la terraza. La primera vez que la vi vaciar la bacinilla sobre los tiestos y extender su propia mierda con un cucharón de madera creí morirme del asco. De hecho no pude sacar el tema hasta varios días después, cuando las arcadas ya me permitían hablar. Explicó que era agricultura ecológica, orgánica. Nunca ha crecido nada, afortunadamente. El asunto dejó de parecerme asqueroso cuando comencé a rememorarlo para convencerme de que la loca era ella y no yo. Traer a la mente aquello tenía un efecto balsámico sobre mi ánimo. Era ella quien debía hablarlo, directamente con Dios.

Cada año me parecía más a mi madre. Dicen que les pasa lo mismo a quienes conviven con perros. Primero fueron sus ojeras como brevas, luego la doble barbilla; un día hasta me descubrí en el espejo del portal caminando encorvada. Decidí ponerme a dieta –la encontré en una revista a la que estaba suscrita la biblioteca– y me discipliné para hacer gimnasia todas las mañanas. Pero un tirón muscular en el cuello y la vuelta a los espaguetis con tomate cortaron en seco mi progresión.

–¡José Ignacio al teléfono! –gritaba mi madre desde la salita.

–¡Dile que me he muerto! –contestaba yo desde mi cuarto.

–Ha salido, ¿quieres que le deje un mensaje?

Había algo de adulator en su insistencia. Yo tenía el cuello tan rígido y estaba tan llena de odio hacia la báscula que un día cogí el teléfono. Me sentía en caída libre, así que pensé que lo mejor era tocar fondo cuanto antes. Pero

fue girar el cuello para darnos el beso de marras cuando –¡craaak!– vi las estrellas. Mi grito provocó que se personase el conserje y una bibliotecaria. Yo no podía hablar, solo gesticular y llorar. José Fernando repetía con fuerte acento portugués que solo se trataba de un beso. Acabó zarandeado y nunca volvió a llamar. A veces quise hacerlo yo, pero una voz interior me decía que no, que esa relación no iba a ninguna parte.

Una noche, al regresar de la biblioteca, descubrí un coche de policía aparcado frente al portal. Al escuchar la voz de mi madre en el descansillo, el corazón casi se me escapa por la boca. “Qué pasa qué pasa qué pasa”. Estaba pensando, sorprendida de que pudiese sentir tanto miedo. Dediqué el resto de la noche a mirar zapatos en el mall, tratando de pensar.

–Te busca la policía –dijo mi madre en cuanto abrí la puerta. No dijo: “¿Te ha pasado algo que llegas tan tarde?”, ni tampoco: “En un táper te he dejado algo de cena”.

–¿Qué querían?

–Hablar contigo –contestó sin apartar la vista del televisor–. También querían ver tu cuarto, ¿y sabes qué les dije?, que me enseñaran la autorización del juez. ¡Ves como sí sirve para algo ver la tele!

–¿Entonces no los dejaste entrar?

–Al final me dieron pena, parecían buena gente. Les dije: “La pobre está pasando una mala racha de veintitantos años. Adelante y disculpen el desorden”.

–¡Pero cómo se te ocurrió!

–¿Y qué querías que les dijese, que tenías una entrevista de trabajo? Por cierto, no paraban de hacerles fotos a tus libros.

–¡Me voy!

No me hizo falta ni salir del edificio. Orlando me había invitado un par de veces a ver su colección de cedés. Me metió en el piso sin que su madre se diese cuenta y nos pasamos la noche entera en su cuarto. A la mañana siguiente, después de que su madre saliese para trabajar en la lavandería del hospital, salimos nosotros para desayunar en la cocina. Encontramos café y bizcocho casero recién hechos, pero ni a probarlos me dio tiempo. Una pareja de policías se presentó para interrogar a mi único “amigo”. Mi madre les había llamado con lo de mi desaparición. Cuando mentaron que también me buscaban por los robos de libros, confesé de plano, antes incluso de llegar a la comisaría.

Un par de meses más tarde sigo sin atreverme a pisar la biblioteca.

Me asomo al ventano del cuarto de baño que da al patio de luces y aspiro hasta el fondo de los pulmones un olor violento a tuberías. Unos nubarrones amarrotados se desgarran y pasan fugaces sobre mi cabeza. Comienzo el avance sobre el parqué sin volverme para comprobar por enésima vez el resultado. Mi madre está en la terraza, inclinada sobre los tiestos estériles, sus ropas agitadas por un viento huracanado. Al llegar a la altura de la bacinilla vacía se lo digo:

—Espero un hijo. Del imbécil de Orlando.

Mi madre se yergue sin quejarse. Tampoco se gira. Permanece de espaldas, con el cucharón de madera en la mano. Siento los primeros goterones de lluvia golpeándome la frente. Termina la espera y estalla, por fin, la tormenta.